

"EL EMBRUJO DE SEVILLA"

NOVELA DE CARLOS REYLES

No llega a coartar mi anhelo lo mucho y malo que sobre la crítica y los críticos se ha dicho, porque cualquier individuo que piensa, sufre y se ennoblece al leer una obra siente imperiosos deseos de exteriorizar sus impresiones.

Las afiladas rechiflas de "Clarín" suenan mal, en el caso de que un espíritu, sea cegato o muy humilde, trate de iluminarse con todo lo bello averiguando cuál es el foco de "la divina luz".

.....

Nostalgia de cielos purpurinos en horas vesperales de Castilla, de flexibles ramajes acallando el murmurio de rías galicianas, de austeridades manchegas interrumpidas sólo por aspas bailadoras . . . ; ansia de teñir la retina en el índigo mediterráneo, reminiscencias paisajistas de la naturaleza contemplada por nuestros antepasados; he aquí el imán con que la raza atrae hacia el patricio hogar a los nietos dispersos.

Se emprende el viaje henchido el espíritu de amor filial; unos para sentir el pasado que espolvorea de oro viejo los viejos pergaminos, otros esperando hallar en la vida presente una modificación de antaño que, penetrada, revele — luces y sombras —, el alma hispana.

Dos peregrinos, de palabra florida, partieron hacia la tierra madre con tales propósitos.

La Gloria de Don Ramiro es reviviscencia del ayer.

El embrujo de Sevilla, pletórica vida en el hoy.

La hija más salerosa del país legendario, enamora de lejos al hijo cantor de la tierra purpúrea. Carlos Reyles templea las cuerdas de su lírica guitarra en la reja española donde sonríe Sevilla . . . El devocionario de sus amores es *El Embrujo* . . .

Luego de concluir este libro con deleitosa angustia se me ocurre pensar, cómo y en qué forma resultaría el estudio crítico a lo Sainte-Beuve; me seduce más la senda que abre ante mis ojos Anatole France con su *Vie Littéraire*.

No persigo fin entomológico ni disector. No puedo hundir el crítico escalpelo (quizás porque no lo tengo) en esta obra palpitante de sana vitalidad.

Como el niño extasiado ante la flor exótica, sólo notaré la maravilla de su color y aspiraré su perfume.

Más que novela, título acreditado por la unidad y atracción del argumento, parece una galería de cuadros costumbristas, a tal punto, que si por la observación objetiva el ambiente está pintado con tonos de paleta goyesca, por el análisis subjetivo creemos hallarnos ante reencarnaciones de los tipos inmortalizados en la novela realista peninsular.

Las letras hispánicas se inspiraron siempre en las costumbres nacionales, quizá por el poderoso atractivo, emanado de la multiplicidad psicológica del pueblo español.

En efecto, el alma hispana, estratificación espiritual de muchas razas, ofrece un opulento venero de sugerencias.

Andalucía es el ánfora donde se mezclan sangres de todos los pueblos: de celtas, de romanos, de bárbaros, de árabes.

En el fondo de la obra reyliana, se transparenta un problema sociológico que el autor se plantea y resuelve sin descender del Parnaso, pues recordando aquel verso de Machado:

"Cantarito nuevo
Hace el agua fresca . . ."

bajo la primorosa y elegante forma, deja correr cual sangre nutridora el caudal ideológico de un erudito etnólogo.

Azorín desentraña de los amarillentos legajos el fuego vital que se conserva bajo la ceniza de las tradiciones; Reyles se baña en realidades para "sorber el tuétano a lo propio e íntimo de la locura española".

.....
Como se abren las rechinantes puertas de los alcázares sevi-

llanos para hechizar al viajero con la sombra afiligranada de los arcos mudéjares, las esencias que destilan los jardines del Viejo Laberinto y el lloro de las aguas que ya no besan los cuerpos huríes . . . así, al abrir este libro, las intensas emociones que excitan sus páginas vibrantes como chulas celosas, nos hundirán por completo en el filtro subyugador de la ciudad bruja y sentiremos por momentos el mareo del triunfo, las furias del despecho, la pasión toda majeza y rumbo, entusiasmos y arranques, juegos pirotécnicos que concluyen en pavesas apáticas y la pena suave, resignada, honda del adiós definitivo a la "tacita de plata" que expresara La Pura con una sola palabra: ¡Seviya! . . .

La intención del autor fué sentir y hacer sentir a Andalucía. Lo consigue plenamente introduciéndonos en la órbita de su ideal realizado, pues la sirena de mantón se nos entra "muy allacito" con Puriya, Paco, Cuenca, etc. . .

¡Qué humana simpatía nos vincula a los personajes!

Y es porque en ninguno de ellos al modo bajo romántico, hay esa suma simplista de elementos psíquicos que se condicionan para brindarnos tipos nimbados o luciferinos.

En todas sus criaturas vuelca Reyles un mosto de atributos humanos, que al fecundar produce vino embriagador de pasión, valor, nobleza; o áspero vinagre de rebeliones, impotencias y desatados odios.

Como todos los artistas que se dedican por completo al arte, libres de premiosas necesidades económicas que dieran a Balzac insomnes vigiliadas, Reyles entrégase por completo a una obra de finalidad estética, y gracias a ese desahogo no hay pragmatismo en su novela, ni prédica, ni propósito reformista.

Todo lo encuentra hermoso, perfecto, equilibrado.

Si exhibe las sombras, no es para poner de manifiesto la necesidad de extinguirlas, sino para que los tonos sórdidos acentúen claridades y relieves deslumbradores.

Es poeta romántico y realista; gusta unir espumilla y andrajos. Romántico, persigue en el contraste un propósito estético. Realista, del mundo mismo va tomando rosas y espinas.

Las formas obscenas, míseras, denigrantes de la vida las presenta desnudas; pero al aportar su luz espiritual, nos las hace sentir monstruosamente hermosas.

Como comprobación de mi aserto baste leer el cuadro descriptivo del tablado (cap. IV).

Uno ve el escenario sobre el cual flota un revoloteo fugaz de mantones y oye tintinear de ajorcas, golpeteo acompasado de mantones, palmear sedoso acompañando la cadenciosa armonía de las guitarras, retumbo de panderos y croar de castañuelas, y se *estremece* al echar desde los tabladros oscilantes una mirada hacia abajo, hacia donde "las brujas somnolientas", carne estropeada por la lucha, desarticulados monigotes, ex colombinas majas, descansan pesadamente.

Reyles es crudísimo con ellas; para mí, en el fondo, son madrecitas cansinas, temblorosas por el cierzo que sopla cercano; para mí sus lágrimas legañosas resbalan, menos por la miseria del propio sino, como por el presentimiento de que al dejar vacío el sillón en el cual esperan el fin del acto, han de venir mañana, vencidas, esas hijas que ahora, entre el humo del Tronío, se visten y desvisten bajo miradas sensuales.

¡Cómo no admirar el rudo contraste entre el anverso del presente y el reverso del futuro, sintetizado en la tela de Cuenca!

Y es que Cuenca, representando el intelectualismo avizor de Reyles, busca "el drama y el enigma de cada alma": casi siempre como artista y no como hombre que desee aliviar penurias ajenas. Su emoción ante la realidad es de un esteticismo helénico y no de una piedad cristiana.

Ya que paramos nuestra atención en Cuenca, hablemos de este personaje que siente todas las pletóricas manifestaciones de la raza.

Personifico a Reyles en Cuenca. Sí; el pintor sevillano que traza con tonos de púrpura y alquitrán la psicología hispánica, es el literato rioplatense sumergido en la masa populachera andaluza para colorear su paleta con sangre de pasiones, negro de mezquinas realidades, oro y alba de anhelos, como aquellos de visionario caballero que: "Buscaba una nueva locura, una nueva ilusión, otra Dulcinea que lo incite a combatir los males con esperanzas y lo empuje a bregar otra vez, como él lo entiende, por la libertad, la justicia y el amor." (Cap. IV.)

Cada uno de los tonos que ha de colorear su pincel es un individuo. Cromos son en realidad: Paco, Pitoche, Pepe, Tabardillo, Don Antonio, La Trianera, Rosarito, Pastora, etc. . . .

Y no se crea que estos personajes son creaciones fantásticas de Reyles. Unas veces representan modalidades típicas andaluzas y otras, bajo el disfraz literario, a seres que amaron y sufrieron.

¿No se reconocerían Belmonte en Paco, Guerra en el Corobés, Anita Delgado en la Pura?

Suponiendo exacta la primera afirmación, tendríamos que añadir al estudio de estos símbolos la sutil penetración de la masa colectiva, que no es sino el bullente elemento que llena la sala bullanguera del Tronío, que desborda delirante en las gradas del redondel y que se arrastra tétrico, quejumbroso, siguiendo por las callejas quebradas a la Virgencita reluciente de joyas y lágrimas.

Paco queda definido por Reyles como "la encarnación viviente y la suma de la gracia del machismo andaluz".

El concentra la virilidad de una raza que desahoga sus potencias frente a la furia ciega de lo desconocido. Paco es, en la sanguinolenta arena, lo que fueron en tierras americanas los conquistadores y los misioneros de la conquista hispana.

El mismo espíritu de potente energía los alienta, y marcharan hoy como ayer con brío y fe a la conquista de los más remotos o inalcanzables vellocinos.

Uno de los caracteres mejor interpretados como paradigma del tipo meridional es el que envasa en el cuerpo gitano de Pitoche. Es, por una parte, el artista innato que capta en las coplas el alma andaluza y, por otra, dada su índole arrebatada, apática, sensual, el prototipo del ser masculino que amado desprecia y despreciado ama. Síntesis de volubilidad e insatisfacción, se retrata íntegro en la copla:

*Yo no siento que te vayas.
Lo que siento es que te llevas
La sangre de mis entrañas.*

Un agudo egocentrismo inspira sus quejas. Nada le importa de la mujer esclava que rompe al fin con su tiránico celo.

En el "cante jondo" llora y se lamenta de la soledad hosca

y severa, sobre la cual no puede ejercer su imperio de sultán.
 ¡Bien haya una Pura, que con el fino torno del desdén le taladre el corazón orgulloso!

Lástima grande que en el momento definidor, el torturante embrujo del pasado desvíe el puñal del olvido, que no se clava en el amor que deseaba sepultar sino en el que nacía para salvarla. Pura es el tipo de la Thais sevillana: toda instinto y espíritu; pecadora y santa.

También la suave Pastora, la niña "fifí", como diría un argotista, dado su abolengo y posición social, desecha todo: familia, prejuicios, hasta la propia honra si menester fuera, y a la vera del lecho donde agoniza Paco se despoja de su femenino engreimiento diciéndole luego, con la locura propia de las grandes pasiones: "Quisiera perderme por ti".

Ambas mujeres sintetizan el enrevesado amar andaluz. (¿Y por qué no decir femenino?)

Penetración psicológica es, pues, otras de las condiciones que afirman la autenticidad realista del diploma literario de Reyles.

Indudable resulta que en esa íntima compenetración han intervenido los lazos raciales y el amor a la Península, tan escarnecida por juicios agrios, malevolentes o petulantes, eco de falsas murmuraciones.

Desde lejos, ni con el telescopio empañado de otros viajeros, puede conocerse esa tierra de "hechizos incomparables y realidades sórdidas"; tierra de califas, reyes y conquistadores; tierra donde oró Colón, donde el pesado sueño de las pretéritas conquistas flota sobre la tumba de Cortés, donde se trocaron en lirios las oraciones de Santa Teresa. . .

Tierra a la cual debe acudirse para apreciar, "limpias de escoria, las broncas virtudes de la raza".

Pintura costumbrista: he aquí la condición básica observada en toda la obra, siendo no obstante tres los cuadros en que este fin llega a su plenitud: la corrida de toros, los trajines matinales en el cortijo del ganadero, y la procesión del Viernes Santo.

Sentimiento hispano de entusiasmo por el valor, americanista de cariño al campo y sus labores, fe religiosa, son los resortes que animan las descripciones a que aludo.

Al leer la corrida de toros, ¿qué individuo, por impasible que sea, no ha de electrizarse y derretirse?

Leer ese capítulo es vivirlo, o mejor, sufrirlo con angustiosa nerviosidad.

La limpidez de los giros, la tiesura de algunos párrafos rápidos, certeros como estocadas a fondo; las expresiones caprichosas, las agudezas y metáforas, van borrando el negro tocado de las letras de molde y, en conjunto, al esfumarse las palabras, se transfiguran en patentes imágenes.

Y tan poderosa es la sugestión que a poco sobre las hojas se perfila, nítido, el circular topacio reluciente bajo "el espeso barniz del sol"; nos parece que también nosotros, entre el apiñado y epiléptico gentío, hemos ido a contemplar la lucha entre la inteligencia del hombre y la fuerza del bruto.

La ciega pasión española por la tauromaquia halla un sutil análisis y como una velada aquiescencia en el capítulo VI.

Trasladémonos al cortijo de Don Antonio; el horizonte es andaluz, pero en la esencia misma de este cuadro hay un cierto sabor al "terruño".

Reyles se encubre tras sus personajes, para rememorar en lejanas tierras los amaneceres rosados de las cuchillas uruguayas.

El aliento campero no es ficticio, pero sí postizo.

Traslada la emoción de las domas criollas a la tienda de vaquillas y acoso de becerros en la dehesa.

Las expresiones de la gente campesina animan por su propiedad el conjunto descriptivo, pero aunque los tonos que utilice Reyles para plasmar esta visión de vida en los cortijos españoles sean azafranados y púrpuras, bajo el disfraz hispano late el alma de las estancias del Plata.

Muéstrase en el capítulo XIV una faceta personalísima de Reyles: el hombre cuyo amor al suelo nativo le hace cambiar en la existencia cotidiana las cómodas pantuflas, la quietud tibia del escritorio, las habituales tareas sociales, por sus espue-ladas botas de ganadero, los soleados corredores de su establecimiento, el caballito trotador e incansable, el horizonte quebrado por las anchas lomas y la amistad simple de la peonada.

Dícese que para penetrar en el sentimiento de las creencias supraterrenas, necesaria es la llave de la fe.

Reyles es, en el fondo (aunque lo niegue por no ser blanco de las corrientes ateístas de la época) un espíritu hondamente religioso.

En el capítulo XV se confunde con sus entes; es quizá un encapuchado entre los muchos que como sombras de almas van detrás de la Dolorosa pidiéndole una luz redimidora que no ha de surgir.

Llegamos a distinguir claramente diseñadas, en esta parte de la novela, forma y contenido.

Por una parte el continente no es sino la fotográfica expresión del acto religioso que nos traslada al cortejo de las cofradías, calado el monóculo de la crítica como turistas literarios.

Retrato más fiel es difícil de concebir. Todos los detalles resaltan con claros perfiles. . . El paso de las cofradías con sus divinas imágenes, el estrelleo de las antorchas, los rumores de llantos y rezos, los arpegios de las saetas. . . forjan el cuadro con relieves de pesadilla, palpables y enervantes.

La frase cadenciosa, alargada, liviana, como un lamento, persigue y alcanza un fin efectista.

En cuanto a lo afectivo, mana de las ocultas fuentes del sentimiento religioso.

Cada peregrino es una súplica, cada imagen ideal intangible de pureza, representación de un anhelo que va más allá de la vida.

Reyles escruta las causas que generan el sentir religioso de los andaluces: una, las preocupaciones materiales; otra, el egoísmo humano.

La primera explica por qué los individuos de una cofradía adoran exclusivamente a sus imágenes, compitiendo en rumbo y boato con las otras órdenes religiosas. Razón tiene Eça de Queiroz al resumir todas las manifestaciones del culto en el interés mezquino del hombre que trata de alcanzar con ofrendas la protección del Eterno.

No llora pues el hombre en las procesiones el dolor del Hijo, sino que clama y pide alivio para su mal.

"Todos (dice Reyles concretando mi pensamiento) sentían si no la tragedia del Gólgota, la tragedia del propio vivir."

Estas tres visiones descriptivas sustentaron en Miguel de Unamuno la convicción de que *El embrujo de Sevilla* era el

más exacto retrato que el álbum hispanoamericano conserva de la ciudad andaluza.

Honra en alto grado tal concepto al autor que comentamos, ya que numerosos vates cantaron a Sevilla, y otros, no atreviéndose con ella, la piropearon indirectamente halagando a la Madre Andalucía, causa de "desbordamientos fantásticos y marejadas de corazón".

Preciso será reconocer que en la novela del ateniense uruguayo — no asombrarse de este calificativo, pues Jinarajadasa llama a Montevideo la Atenas de América — el color *sui generis* está concentrado en la forma, en tal grado que, leído *El embrujo*. . ., no quisiéramos visitar a Sevilla por temor de que la realidad nos convenciera de que la belleza no está en las cosas sino en el espíritu mago del artista.

Si obras maestras son aquellas que dentro de sus medios y límites consiguen despertar ideas y remover sentimientos, este libro lo es, ya que no hay página que no sugiera conceptos o despierte estados de ánimo.

Y es en esta aptitud última, donde aparece la dualidad sensitiva de Reyles.

Como hombre interpreta admirablemente el sufrir concentrado del corazón masculino y, lo que es más difícil, como sagaz óptico examina en toda su riqueza el despliegue de la emotividad femenina.

Así, la Pura, ¿qué es toda ella sino una llama de odio y amor? Odio por el tirano que deshojara las rosas juveniles, odio que es ansia de albedrío, odio a la bajeza de instintos y prepotencia que serpentean en el alma de casi todos los hombres.

Por lo que se refiere al amor de la Pura, descubre Reyles tres facetas: una es el querer "fino" hacia Paco; otra, légame de oscuros instintos que le encadena al Pitoche, y la tercera, amor noble y femenino, mezcla de piedad y terneza hacia el ser derrotado, enfermo que, ayer amo y hoy siervo débil y mísero, implora la dádiva de una mirada.

A este propósito la lucha y desenlace entre sus amores se plantea con un realismo impresionante en el capítulo IX.

Rosarito, "la hermaniya" buena, simple como el agua clara, aunque de escasa participación en la trama, aflora con nítidos

y rosados tonos como síntesis del sentimiento fraterno y filial, cuyo horizonte lo constituye el solar hogareño.

Su alegrías, sus tristezas, sus ideales, suaves y puros, recuerdan ese tipo de mujer que pasa quedamente restañando heridas.

Más complejo y vasto es el juego emotivo que ofrece el alma de Pastora, por su posición de equilibrio entre Pura y Rosarito.

Sus emociones son bravas, arreciadoras, pero bullen bajo el telón del amor propio. Sólo se derraman como lava hirviendo para alejar a la Taciturna, en el momento culminante.

Con este breve análisis concluyo de mirar el fondo de la novela, si es que algo he vislumbrado; y ahora me propongo, aunque no lo consiga, atalar la forma.

Las obras literarias perduran por la forma, más que por su contenido. El alto coturno literario salva la producción artística del fango con que lo vulgar la salpica.

La forma, dama esquiva, exige múltiples condiciones y requisitos que rara vez alcanzan sus cultores.

Reyles llega a dominarla, y para él no esconde ninguna de sus adorables secretos.

Veamos por qué medios y condiciones obtiene resultados tan óptimos.

Reyles es un espíritu contemplativo; marcha por todos los senderos avizorando imágenes para atraparlas con la flexible malla de su palabra.

Todos sus sentidos están igualmente capacitados para captar impresiones externas. Para cerciorarse baste leer el primer capítulo y sobre todo la descripción del patio del Tronío.

El estilo elegante y conciso, limpio de relumbrones y alambicamientos, procura conservar el paralelismo entre el lenguaje y la mentalidad de los protagonistas.

La frase pulida, retocada, graciosa, en labios de Cuenca, toma un sabor agreste y franco en Paco; sonoro y altivo en Don Antonio; pedigüeno, llorón, rastrero, en Pitoche y Argüeyo; burdo, jocosos, picante, en Tabardillo, Brageli, Covacha; apasionado en Pastora; tranquilo en Rosarito; sugestivo y hondo en Pura.

Por boca de los demás personajes fluye la cháchara incansable y sutil de Sevilla.

Para tomar el gusto "a canela fina" de cada giro, necesario es poseer un conocimiento acabado de las expresiones populares, pues los términos autóctonos, substanciosas caricaturas, compendian a veces conceptos inexpresables en lengua culta.

Los dichos, moneda corriente que valora el pensamiento del vulgo; las saetas malagueñas, las coplas de emotivo donaire, los juegos malabares de palabras ("la pena está en el fondo de la copa y la copa en el fondo de la pena"), las saladas expresiones ("La Pura será la Doctora de Avila del Tablado"), e tc., esmaltan con primigenia gracia el cantarito nuevo a que aludiera.

La frase y los términos se adecúan como justo guante, al estado emocional, a las ideas elevadas o prosaicas de los individuos, a las situaciones planteadas, etc., de tal modo que todo resulta ágil, transparente, comprensible.

Posee una felicísima adjetivación, un dominio que revela experiencia y facilidad metafórica. Introduce originales giros; así dirá: "Las cejas de astracán se pliegan sobre los ojos inquisidores", "las miradas pegajosas como moscas que revolotean", "los besos anchos y hondos, húmedos de vino", "la luna seguía vertiendo azahares". . . , etc.

El ambiente reconocido por los turistas como el más peculiar de los pueblos meridionales se ha observado en conjunto y detenidamente, estableciéndose la íntima vinculación entre el mismo y los individuos.

Los pueblos asoleados, borrachos de policromías ardorosas, son semibárbaros, prefieren la vida paradisíaca y primitiva al contacto con las heladas corrientes de las grandes civilizaciones.

El espíritu de abandono es propio de los pueblos peninsulares que marchan un poco a la zaga del progreso mundial. Esporádicamente surge entre ellos una fuerza caótica, encargada de despertar las adormecidas conciencias, removiendo el apacible estanque de las manifestaciones culturales. Tal energía humana es Cuenca y, en cierto modo, Paco.

El clima africaniza los individuos, plasma el ambiente social con caracteres de árabe indolencia, versatilidad y pu-

janza; después de comprender esta obra no sería aventurado afirmar que cada personaje representa una resultante del medio.

Pero... — qué mal suena esta adversativa — siendo imparcial no le dejaré olvidados algunos defectos, de muy escasa importancia, que considero como salpicaduras al margen, escapadas de la pluma en el fervor literario de la creación.

Cuenca pica a veces muy alto en sus discursos, que si él interpreta con meridiana claridad, no corren igual suerte sonando en los tímpanos de La Pura, ajenos a resonancias filosóficas. Es debido a que Cuenca habla para sus lectores pero no ha sabido encontrar la ocasión oportuna.

También Paco, sobre cuya educación nada se nos dice, adopta tiesuras escolásticas que no le favorecen; tales sus adquisiciones en la freiduría de la tía Curra (capítulo III).

Conste que anoto en qué circunstancias se advierte este error, pues está muy lejos de generalizarse.

Omito el argumento, por creer que quien haya tenido el suficiente aliento para llegar al fin de mi estudio crítico, habrá de seguro leído la novela.

Estractada la trama presenta un problema social frecuente en España: las necesidades imperiosas de la vida en pugna con el orgullo hidalgo.

Para el "señorito" con pergaminos y arcas a dieta, dos son las soluciones: el trabajo que dignifica y fatiga aristocráticos abolengos, o la vida brillante sustentada en el medro.

Ya lo dice Paco: "O torero o político".

Triunfa el noble ideal, el espíritu moderno de independencia que vence los prejuicios amarillentos de vejez.

El optimismo reyliano concede la palma al invicto luchador, y el principio filosófico básico, promulga la posesión plena del albedrío.

Por eso una corriente de espontánea simpatía nos vincula a este autor que sustenta tan elevado concepto de la dignidad y de la libre expansión del ser.

Emilio Zola encadena al hombre a la roca del determinismo; Reyles liberta a ese nuevo Prometeo y le devuelve la llama eterna de la Vida.

Concretando juicios: *El embrujo de Sevilla* es nítida calco-
manía de la realidad, documento sociológico, copa desbor-
dante que apaga el ardor del peregrino sediento de nobles
ideales.

Carlos Reyles, como representante de la cultura uruguaya
contemporánea, coadyuva a la gestación del cosmos literario
americano con un potente rayo de sol.

ANA MARÍA LÓPEZ DE MEDINA.